

Me piden los republicanos de Madrid unas líneas para leerlas en una reunión conmemorativa del 14 de Abril. Me ha parecido oportuno transcribir una página que, redactada en diciembre de 1936, es hoy tan actual como cuando fue escrita. En ella reafirmaba, en plena guerra y revolución, los valores permanente de nuestro ideal republicano.

Fernando Valera.

NOSOTROS, LOS REPUBLICANOS.

Nunca he sentido tan firmes, tan arraigadas, tan encendidas como ahora mis convicciones republicanas.

La República es el más avanzado y noble de los ideales políticos. Y al decir POLITICOS, empleo la palabra en su legítimo significado: política, arte de vivir en ciudad; es decir, en una sociedad de hombres libres, regida por leyes justas, en contraposición a la horda, al clan, a la tribu, al reino y a las demás formas de sociedad regidas por déspotas. Ya sé que muchas gentes aborrecen la política, unas veces porque son bárbaros, incapaces de convivir libremente; otras, porque llaman política al arte de embaucar los charlatanes a las personas sencillas e ingenuas.

Pero aquí hablamos de la verdadera política, de la que tiene por ideal la libertad; por norma, la justicia; por instrumento, la ley y por resultado, la paz. ¿Hay nada más bello que renunciar los hombres al terror, a la venganza y a la violencia, para convivir pacífica, justa y confiadamente? Claro que la política republicana requiere un pueblo cordial e ilustrado y una sociedad equitativa, en donde ni la desmedida opulencia suelte el freno a la ambición del rico, ni la miseria dé pábulo al rencor del pobre. Para lograr esa dignificación del pueblo y esa equidad social, tal vez puedan soportarse y explicarse transitoriamente regímenes menos perfectos en los que el gobernante opere sobre la sociedad como el médico sobre el enfermo; mas el ideal es la salud del pueblo libre, es decir, la República.

Ahora está de moda situarse más allá. Muchos que estuvieron siempre más acá, suelen poco menos que ostentar conmiseración, cuando no aborrecimiento, hacia la República. ¿Qué han hecho los republicanos? Tanto hicimos que ellos han podido dar de lado a sus rancias costumbres clericales y burguesas, a las que habrían seguido mansamente apegados si la República no les hubiese sacudido la conciencia.

Nosotros los republicanos, fuimos durante medio siglo de restauración una llama viva de rebeldía ciudadana. Una llamita pequeña quizás, pero la única, brillante y fija. Cuando toda España iba a misa, nosotros los republicanos practicábamos el libre pensamiento, combatíamos el fanatismo, respetábamos la formación del alma de nuestros hijos, fundábamos escuelas laicas y pasábamos en todas partes por bichos raros, a causa de nuestra altísima independencia espiritual.

Acaecieron las grandes catástrofes de 1898 en que se hundían los últimos vestigios del imperio de España. Mientras el pueblo y sus pastores

se embarcaban confiadamente en la empresa de las guerras coloniales, para imponer por majeza a los isleños nuestra tontuna peninsular, éramos los republicanos quienes pedíamos por boca de Pi y Margall la autonomía de las islas, como lazo de libertad que las hubiera mantenido dentro de la patria española.

Nosotros, los republicanos, fuimos durante todo el reinado de Alfonso XIII la agitación de cuanto había de conciencia viva en el país, frente a la francachela palatina, frente al militarismo africano, frente a la invasión frailuna, frente al pretorianismo civil y social, frente a la dictadura, la dictablanda y el constitucionalismo.

En tanto que el país aceptaba resignadamente la dictadura de 1923-30, nosotros, los republicanos, encarnábamos la conspiración, la rebeldía, la dignidad pública. Aún recuerdo los pequeños núcleos de la casa de la Democracia, las peñas del León de Oro y del Ateneo Mercantil, de Valencia, donde la reducida familia republicana alentaba, ante la general conmiseración no exenta de mofa, la gran esperanza de poner un pueblo en pie, frente a la ruta de su destino. Y no quiero hablar de las peregrinaciones que llevaron a las aldeas inquietudes ciudadanas, ni de los grandes comicios multitudinarios, porque entonces habría de hablar de mí mismo.

Nosotros, los republicanos, en fin, hicimos una democracia. ¿Para qué ha servido? Para despertar a un pueblo. El día 18 de Julio tuvo lugar la más amplia, audaz, unánime y violenta sublevación militar que conoce la Historia. Sin los cinco años de ejercicio de la democracia, el pueblo habría inclinado la cabeza bajo el yugo. Si en la Jefatura del Estado hubiese habido un rey, en vez de un republicano, los sublevados habrían llegado ante las escalinatas del trono para recibir la consagración triunfal de su crimen, como había sucedido veinte veces en España.

A pesar de su heroísmo, el pueblo habría sucumbido desde el primer día ante la tiranía militar, como sucumbió en Sevilla, en Zaragoza, en La Coruña y en tantas otras ciudades, si el gobierno republicano hubiera vacilado en lanzar contra los rebeldes las escasas fuerzas leales, asistidas por el pueblo en armas.

. . .

Nosotros los republicanos, sabíamos que al armar al pueblo, se iniciaría la gran revolución española. Y lo armamos. Nunca nos acobardó la revolución. Quizás nadie tan preparado como los viejos militantes republicanos para sobrellevar alegremente los sacrificios que toda revolución impone. ¡Estamos acostumbrados de antiguo a vivir en el sacrificio!

Quisimos, eso sí, ahorrar a nuestro país la tragedia del tránsito a la sociedad revolucionaria; soñamos implantarla por vía de paz y alumbrar evolutivamente una era de justicia, sin dilapidar la riqueza de la nación en una guerra innecesaria. No pudo ser, sin duda porque en la República había pocos republicanos, pocos demócratas. La justicia social se comprará ahora al precio de la ruina económica de una generación; más la sangre y el dolor que no tienen precio.

Ahora, en la guerra, los republicanos cumplen con su deber, luchan y mueren. Y en la nueva era de España, nosotros, los republicanos, seguiremos siendo una llama de libertad que exija en la sociedad revolucionaria el respeto a la dignidad del hombre. El hombre es el pensamiento, la conciencia. Ningún bien comparable a la libertad de poder afirmar el propio yo ante Dios y ante el universo. Sin hombres libres, todas las formas sociales son

retardatorias, injustas y, además, condenadas a la ruina; porque el hombre libre es la invención, la iniciativa, el progreso.

Pediremos el respeto al hombre y el culto de la libertad; propugnaremos el ideal de justicia, por encima del interés de clase, organización o partido; defenderemos los fueros de la personalidad humana; haremos saber a las gentes que sin piedad, sin amor, sin tolerancia y sin ternura, toda revolución está condenada a hundirse en el pudridero infecto del crimen social, padre de la tiranía.

Y cuando España recoja un día el fruto de sus actuales sacrificios, nosotros, los republicanos, sabemos que el pueblo comprenderá que renunciando al terror, a la venganza y a la violencia, y aceptando la convivencia justa y pacífica de la democracia libre, es como los hombres alcanzan el más bello y digno de los ideales políticos: LA REPUBLICA.

Fernando Valera

Valencia, 19 de noviembre de 1936